

¿Qué ética para la práctica analítica en la actualidad?

Adriana Hercman (EFA)

El nacimiento del psicoanálisis significó una subversión sin precedentes respecto de éticas anteriores. Su ética es la del deseo y al analista le concierne a tal punto que a él se le confía lo que Lacan llamó una conversión ética radical: la de introducir el sujeto en el orden del deseo.

Conversión ética que redobla cada vez el paso dado por Freud, cuando -no sin Descartes- separó del hombre al sujeto rechazado del saber para ubicarlo en relación al lenguaje y se distanció de la religión y del afán civilizatorio de la ciencia para concebir a la verdad como dimensión que habla, se despliega en el síntoma y revela lo que no anda en el orden del mundo. Ética inédita que abre la puerta a una política también inédita, la del discurso que practicamos.

Los analistas tenemos a diario la experiencia de lo que no anda, del residuo esquivo a la imagen y al significante que resta más allá de los dichos: el objeto *a*, lo que del lenguaje no alcanza para elaborar lo imposible del sexo, es testimonio del carácter radicalmente dividido del sujeto.

A diferencia de otros discursos que abogan por la armonía y la completud, nuestra práctica se orienta en ese resto caído de la operación de división que desbarata la buena forma. La ciencia moderna sustituyó un "gira" por un "cae". Los restos que caen del Otro hacen a las distintas formas del *a*: desecho que es garantía de la alteridad del Otro, de quien deviene un sustituto.

La invención lacaniana del objeto *a* en función de resto constituye una indicación ética sin precedentes para nuestra práctica y un útil para leer y resistir el malestar en la civilización, porque es orientándonos en el resto, real de la estructura, que nuestra práctica podrá conmover algo del marco de la época en la que tiene lugar.

La segregación del resto como práctica es un hecho de civilización. En la Conferencia que Lacan dictó en Bruselas en el '68 definía la civilización por su función de homogeneización

y su afán de separar los restos. Dice: La civilización es la “Gran cloaca”, alcantarillado que en la Antigua Roma facilitaba que la sociedad se deshiciera de los desechos que producía. Con esa metáfora, transmitía cómo a cada brote de lo singular, a cada atisbo emergente del deseo, el discurso común lo tritura hasta reducirlo, lo amputa de su singularidad y lo arroja a la circulación general, donde es reabsorbido como resto a reciclar. Lo que queda así excluido, bajo los oropeles de la universalidad, es la singularidad del sujeto.

Tras la pandemia y con la guerra, se implementan nuevas formas de intervención que apuntan a construir consentimientos unificantes: señalando anomias sociales y tratándolas con programas adornados de humanismo y burocracia - brazo necesario del Bien general-, favorecen la adaptación de individuos-objeto al mercado mundializado.

Podemos conjeturar que si las terapias comportamentales y el modelo cognitivo tienen tanta aceptación es porque reproducen el modelo que rechaza la dimensión del inconsciente, el síntoma, la angustia como traducción subjetiva del objeto, las interferencias del deseo y de lo real.

La práctica analítica hace a esa política, objeción. El campo de resonancia que se abre con la formulación de la regla fundamental de parte del analista, permite escuchar en el equívoco y los tropiezos, el resto de goce inasimilable que insiste, la enunciación del deseo que escapa a todo empeño totalizante y ubica en el síntoma el modo con que el hablante objeta los discursos que no aceptan el escándalo de posiciones singulares, resiste a la tentación de ser absorbido en un “todos”, a incluir las marcas de su historia en la uniformización de las ideologías y el mercado.

Lo que cada sociedad hace con sus restos dice del lazo social que practica. Los antiguos romanos arrojaban a las alcantarillas que daban al Tíber los cuerpos a los que no daban sepultura. Sabemos que el afán por eliminar las huellas de lo vivo, cuando se articula a políticas perversas que buscan eliminar al semejante, dan lugar a prácticas que evocan los capítulos más nefastos de la historia de la humanidad.

Si de los tres factores del malestar en la cultura, Freud señalaba que la relación con los otros es lo que mayor malestar consume, Lacan advirtió acerca de los efectos que el avance de la ciencia produciría en el lazo al modo de segregación.

No se equivocaba. Los discursos que sostienen la relación sexual como posible, promueven la segregación y hasta el exterminio del otro en nombre de sus ideales.

En nuestra actualidad discursiva, lo que va al lugar de resto, lo que no sirve a sus fines universalizantes, representa algo a eliminar: basta considerar cómo el goce que representa el otro le permite al neoliberalismo actual justificar todo tipo de políticas de limpieza (de inmigrantes, de pobres y disidencias de todo tipo).

Al proyecto de uniformización actual le sobra, le queda incómoda la dimensión del inconsciente, lo singular del síntoma y lo contingente de la situación de deseo a la que ésta da expresión, y hacer callar es su modo eficaz de eliminar.

A los analistas nos compete la pregunta acerca de los motivos por los que la segregación, operación constitutiva y estructurante del sujeto, llega a ponerse en juego en el lazo social como fenómeno que rechaza al otro al punto de buscar eliminarlo. Nos compete dar lugar, en nuestra práctica, a la conversión ética que abre la vía del deseo en detrimento del goce que el sujeto encuentra en la dominación, en la identificación con el objeto resto, el perjuicio y la exclusión.

En alusión al Rey Midas, Lacan señala el dramatismo que encontramos en nuestra práctica: el analizante transforma lo que alcanza como punto de verdad en cosas muy diferentes que el oro: el *a*, en sus cuatro sustancias episódicas, dando soporte a las realidades más abyectas.

Ese resto que cae por fuera de la política sigue siendo lo más singular y preciado para el hablante. Nuestra práctica encuentra que el sujeto es ese resto en juego, que en el fantasma determina la economía de su deseo y - en La lógica del fantasma-constituye la dignidad de su ser.

El discurso que practicamos introduce en la política lo que ella excluye: la condición hablante del ser hablante, la dimensión del inconsciente y la verdad que trae el síntoma.

Mientras la civilización -en nombre de las buenas costumbres-, se ocupa de que los restos se reciclen para volverlos a la circulación por medio de la industria humana, la práctica analítica encuentra al sujeto reducido al objeto de su fantasma, empeñándose en avanzar por la vida erigiendo algún juez que lo condene o algún verdugo que lo castigue.

El sujeto identificado al resto se ve conducido a una cadena indefinida de significaciones llamada destino - figura de la pulsión de muerte- que lo invita una y otra vez, con voz insidiosa, a ceder en su deseo. La ética de nuestra práctica contraría esa fatalidad neurótica: por el análisis, el sujeto podrá enterarse acerca de cómo ha entrado en ese asunto del significante, de la contingencia relativa al origen del fantasma, no sin los rodeos dictados por algún fantasma de origen que discurre en la asociación libre, en los dichos analizantes.

El resto es ineliminable y en la experiencia del análisis, toma función de resto activo que hace lugar a la falta, un lugar para el deseo: el resto acumulado como plus de gozar en el síntoma podrá devenir en causa de deseo para ser ofrecido en el lugar del *semblant* a otros, por quien en el acto devino analista de la experiencia.

El objeto *a* es la existencia más radical del sujeto en el que al final del recorrido podrá reconocerse, *como aborto del deseo de los padres* dice Lacan en *De un Otro al otro*- dando lugar a otra economía de goce, a otro destino posible.

Hoy se trata, más que nunca, de practicar lo que Norberto Ferreyra llamó una clínica del sujeto, que consiste en dejar hablar al cuerpo hablante para que, por el trabajo de análisis, llegue a separarse de ese desecho mudo e inerte al que hoy es arrojado por la alcantarilla de la productividad neoliberal, pueda arreglárselas con el síntoma en la vida como modo singular de procurarse una existencia y, si lo desea, testimoniar de esa experiencia en el dispositivo de Pase que ofrece una escuela.

La apuesta a otro destino, a otra relación con la determinación, hace a la ética del acto analítico y a la ética de una Escuela de psicoanálisis, que es el lugar de su extensión.

La Escuela da lugar a la experiencia de un colectivo que no se reduzca a la masa, a la hipnosis y la uniformidad, a la posibilidad de participar de procesos colectivos sin perder la singularidad.

La ética de Escuela es la de la práctica analítica. Y eso es algo que en la Escuela se practica.

Pronto se cumplirán cincuenta años desde la fundación de la Escuela Freudiana en nuestro país. Desde entonces, su posición ética y política se enlaza a un decir que “no” a toda práctica de objetalización del sujeto y homogeneización de las singularidades. También, a la convicción de que trabajar con otros sin ignorar las diferencias da lugar a una exterioridad necesaria para el avance y el porvenir del psicoanálisis. Porque nunca es hablando con nosotros mismos como nos enteramos de nuestro decir, la práctica del lazo con otros permite que el discurso no se cierre y gire en redondo.

La vía del No -Todo en el fundamento del lazo entre analistas permite legitimar la práctica de un colectivo que, en tanto sujeto de lo individual, encuentra su raíz en la experiencia analítica, el cimiento de la formación de analistas en las formaciones del inconsciente y su marco en una Escuela de psicoanálisis que, así como el Cartel y el Pase, constituye un dispositivo de transmisión cuya ética es la del acto analítico. Hay Escuela porque hay acto analítico en otro lugar. La Escuela es el lugar donde, con algunos otros, se juegan sus efectos.